

SAN MARTIN y VIAMONTE

"LAS CIENTO Y UNA"

Apreciamos a un Hernández o a un Hudson en la medida que los descubrimos pegados a los acontecimientos o a una determinada forma de vida, despiertos hasta en aquel rincón de la subjetividad que generalmente se aquieta y se duerme.

Comprendemos que la unidad de Alemania es trabajo para los alemanes. Chanceamos con Francia: Indochina hace pisar la palabra "libertad" en boca de los franceses.

Entendemos que la cuestión equívoca del judío es primariamente su propio quehacer.

Sin embargo, después de confinar las responsabilidades, algo se vuelve contra nosotros mismos y encontramos —¿de pronto?— que es cosa bien nuestra, y de nadie más, la realidad argentina en el correr de los presentes años.

Pero no nos apuremos.

Tal exigencia no ha logrado conmover el espíritu de nuestras publicaciones en las que el destierro de lo propio es sonante patencia. Dos tomos de E. M. Estrada (es significativo que haya tenido que publicar en Méjico) salvan al tratado sociológico pero no nos salvan a nosotros mismos. En cuanto a diarios y revistas, abundancia es sinónimo de falsa proliferación.

Por su parte la novela argentina, excluida de las demás conciencias, es trabajo privativo de especialistas. Pero, ¿qué pasa con el escritor argentino?

De los nuevos se sabe nada o casi nada. Ahora comienzan a publicar. Los viejos quieren olvidar lo principal: que escribir es impugnar. Que no hay presentismo verdadero sin impugnación, al menos en nuestra actualidad social. (No se trata de combinar con habilidad. Un término mienta al otro y recíprocamente. De otra forma viviríamos hoy lo que olvidaríamos mañana o habríamos de movernos en lo eterno-permanente, símil de tan pesada mole, que no valdría la pena preocuparse. Impugnar es cambiar, mover, variar los planteamientos. Desconcertar, si se quiere y no se piensa en el superrealismo).

Señalando tal situación sale a la venta en el mes de junio, una revista literaria, "las ciento y una". Con artículos cortos, nerviosos, algunos grandilocuentes, responde a una necesidad: repasar, enjuiciar, y por sobre todo, romper con una era de silencio, epidermis de una realidad informe sobre la que no se aventura la más mínima interpretación. "Quién hay que por lo menos denuncie ya que no modifica", se escribió sintelizando lo más importante de la postura de la revista.

Pero "las ciento y una" no va más allá de su nacimiento. En la editorial eran amigos de ciertos escritores a quienes no se trataba bien en el segundo número y se crea una situación particular que finaliza con la renuncia de la Dirección. Flujo y reflujo. Vuelta a nuestra conocida gratuidad, a la quietud.

Lo bueno que había en ese único número —tenemos que pronunciarlo— se lo podría buscar en los artículos individuales. Dos de ellos —

Una moral de repuesto para Estados Unidos, de D. Viñas, y Desde la Carne de Buenos Aires, crítica al libro de Valentín Fernando, firmado por C. Correa —dejaban ver una preocupación por rastrear al lector y, cosa que se está rarificando, la comprensión de que tener una lapicera en la mano apura, porque compromete, porque no se puede hablar “de pronto” sino que hay que ganar el derecho a hacerlo, (ya que se lo quiere al descubierto). Sin embargo —hablamos de lo bueno— ello estaba en la actitud general de la revista, en la postura. En su anunciarse a sí misma como denuncia. No en lo denunciado en particular que fué poco o demasiado sabido —no hay afán de ironizar—, sino en la postura misma. Ella no quedaba ahí, no podía quedar ya que comprometía su futuro, lo determinaba de antemano. Los números posteriores deberían ser “higiene y ventilación”, y en ellos no habría que traicionar al determinante: la postura del primero. Decía Murena: “No es la primera vez que denunciamos este juego. Ahora agregamos que ponemos en marcha todas nuestras fuerzas para terminar con él”. Era el proyecto de un futuro que no iba a ser fácil pero con el cual se debería cumplir. Tal lo mejor de “las ciento y una”.

También podríamos hallar lo malo individual en algunos artículos: se hablaba de “escamoteo” a propósito de cuestiones tan diferentes que al fin no entendíamos de qué ni de quienes se trataba (por otra parte la palabra está inscrita en el haber de escritores y revistas desde hace varios lustros, tiempo suficiente para hacernos pensar que el pronunciarla no es más que una nueva forma de escamotear, más sutil), o en la dispersión de la crónica, acopio de opiniones sobre Artes Plásticas, Historia, Teatro y Música. Pero no se trata de nada de eso.

En lo mejor estaba el germen de lo peor: la revista no tuvo segundo número. La postura primigénica se deshizo; queda de ella un agrio sabor a frustración. Es todo lo que encontramos.

Es cierto que la culpable principal es la burocracia, pero sólo la principal, luego la culpabilidad se distribuye. El criterio es la cercanía. También es cierto que el deceso de “las ciento y una” no perjudica a nadie. La realidad está “llena como un huevo”. Hay varias revistas en Buenos Aires que cubren las necesidades dobles de los que en ellas publican y de los que sienten curiosidad por saber qué cosa han publicado. Pero al levantar un inventario debemos recordar su más cara posibilidad: iniciar la búsqueda de otro tipo de lector. “las ciento y una” podría haber sido un lugar abierto para el que quisiera intentarlo. Pero ¿quién lo quiere?

¿Qué pasa con el escritor argentino?

Tal vez se trate de un retorno a la conciencia del hombre medieval para quien escribir era saber comentar —los textos sagrados— y la violencia analfabeta.

OSCAR ABELARDO MASOTTA

Juan Carlos Ghiano. Raigal, 1953. — *CONSTANTES DE LA LITERATURA ARGENTINA*.

Cuando terminamos la lectura de este volumen lo primero que salta a la vista es su falta de unidad. Reúne en él el autor una serie de estudios literarios que, según reza el prólogo “...repiten distingos que buscan definir las preocupaciones de nuestros escritores representativos, de nuestro pensamiento responsable”. El primero de los trabajos puntualiza en una sumarisísima vista panorámica de la literatura argentina esas constantes: “escasa popularidad de nuestros representantes cultos; el problema de la lengua fué y sigue siendo preocupación esencial de los escritores adscripto a un problema nacional; doble actitud ética: la investigación moral de sus propios problemas y la intención moral de sus obras”. Pero nos encontra-